## Al margen

Lejano ya el día en que el conde de Noroña traducía del inglés unas *Poesías asiáticas;* o cuando Teodoro Llorenete vaciaba en verso castellano los franceses del XIX, Verlaine incluido, o ya en los años 20 un Fernando Maristany compilaba florilegios poéticos de otras lenguas, cierto es que nuestras editoriales no solían labrar en ese ilimitado campo. Dignos de recordación son, pues, no terminada aún nuestra guerra, los tomitos de Poesía en la Mano que, a par con los hispanos, dispensaban poetas de otras lenguas, así clásicos como actuales. Y que en plena guerra mundial la colección Adonais tomara análogo derrotero, ya desde su segunda entrega (Péguy). Al tiempo que el llorado Janés emprendía –contando con Manent, Bofill y Ferro, Fernando Gutiérrez– su espléndida serie de antologías. Verdura de las eras, ay.

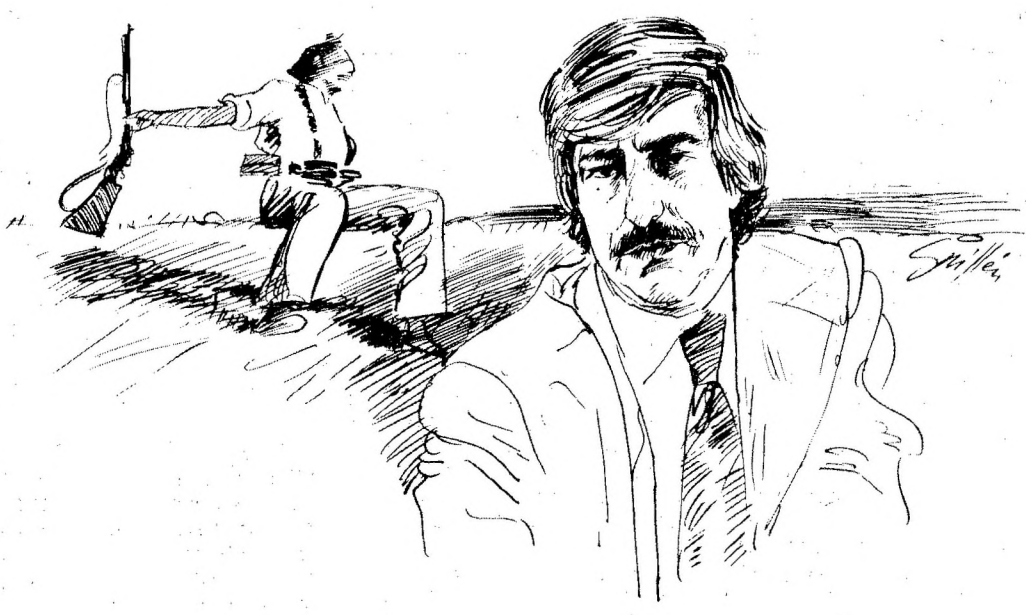
Suerte que el considerable florecimiento de colecciones poéticas en los últimos años, unidamente al culturalismo que ha avivado en nuestros poetas la curiosidad por el quehacer poético en otras latitudes, se han traducido en que las más de dichas colecciones vuelvan a esas antologías foranas, con especial atención a poetas de ahora mismo. Y no sólo de las literaturas consabidas, pues ya no faltan las de escandinavos, holandeses o de Islandia, neogriegos, turcos, palestinos, nipones.

En este renovado clima, y volviendo por sus antiguos fueros, la benemérita Adonais presenta un insólito *Poesía coreana actual* por mano de Yong-Tae Min, hoy docente en la Universidad de Seúl, pero doctorado en Madrid por los años 70 y que lleva publicados media docena de poemarios, sea en castellano, sea en su materna lengua coreana. Son 300 páginas dedicadas a composiciones de una treintena de poetas vivientes y que van, de los casi setenta de So Chung-Ju, el mayo lírico, y con especial atención a los que ahora andan por los cuarenta, como el propio antólogo.

M.

## Días de varia luz

*Juan Benet*
*"Herrumbrosas lanzas, I"*
*307 páginas*
*Ediciones Alfaguara*
*Madrid 1983*



**Primera entrega de un friso novelístico en el que el mundo mítico del autor busca explicarse en el terreno de la historia real inventada: la guerra civil en Región.**

# *Reencuentro con las claves de Región*

En la que hasta ahora había sido su última aventura novelística, "El aire de un crimen", Juan Benet intentó la hazaña de conectar con un determinado tipo de lector "popular" que evidentemente no es el suyo. El crimen que era el eje de la novela acaecía en tierras de Región, el espacio mítico creado por Benet ya en su primera novela, "Volverás a Región", pero uno, al leerla, tenía la penosa impresión de que el caudaloso esfuerzo realizado por el autor para hacerse entender y tal vez conseguir que su obra se situara en el mercado de los "best-sellers", difuminaba peligrosamente los rasgos diferenciales del lugar simbólico, lo sumía en una densa atmósfera de artificiosidad que no podía convencer a los fieles de su "corpus", ni atraer y orientar a los nuevos que se sentían irremisiblemente desorientados en un terreno que parecía hallarse suspendido en el espacio. Siempre he creído que aquella novela circunstancial fue un error.

### Entelequia nacida de la pesadilla

Pero Benet, no sé si consciente o no de ello, ha dado marcha atrás para salir al reencuentro de la "auténtica" Región en esta nueva novela, "Herrumbrosas lanzas", primer volumen que engloba los libros I al VI y al que seguirán otros, probablemente dos o tres más. ¿Cuál es el motivo de ese reencuentro precisamente ahora, a los dieciséis años de la aparición de su primera novela? La pregunta lleva implícita otra interrogación más esencial: ¿qué es Región, en verdad? Como decía más arriba, sabíamos desde hace años que se trata de un espacio geográfico enclavado en su supuesto país imaginario, cuyo estado de ruina que afecta a sus habitantes e incluso a su misma tipología fue consecuencia de una guerra atroz, desoladora. En principio la definición parece aceptable y uno entraba inmediatamente en el juego elemental de las adivinanzas. Región es un microcosmos y a la vez una estética que refleja la realidad y las contradicciones de la España contemporánea, surgida de los escombros de la guerra civil. Su parangón sería el Macondo de García Márquez, la Santa María de Onetti o la Sinera de Espriu. Pero sólo hasta cierto punto es admisible a la comparación, porque en las novelas de Benet el universo mítico se presentaba como un espacio cerrado, servido por una prosa excelente pero hermética, de pedernal, que ponía el acento en la bruma y el misterio que envolvía la cotidianeidad de Región y transformaba a sus criaturas en fantasmagorías nocturnales.

De este modo la auténtica protagonista de la narrativa de Benet era Región y, en ocasiones, su peso resultaba abrumador. Sin embargo, no se nos explicaban los orígenes de su manera de ser, no teníamos acceso a las galerías subterráneas de la intrahistoria que conducen, al final de su sinuoso trazado, a la justificación o no de la ausencia de todo hálito poético en Región y de la inquietante rareza de su atmósfera. Macondo se transforma en una diáfana realidad poética en "Cien años de soledad", y Sinera, a todo lo ancho y largo de la obra de Espriu, se erige en espacio catalizador de una voluntad de síntesis histórica concreta, profundamente humana. Uno se siente cómodo en los universos de García Márquez y Espriu, se familiariza con las leyes que los regulan, los acepta y ensancha los pulmones en bocanadas de aire regenerador. Por el contrario, Región ofrecía la imagen de una entelequia nacida de una pesadilla. El viajero cruza por sus tierras y sus criaturas guiado por el verbo tremendamente sólido y protuberante de Benet, sigue sus indicaciones por caminos reales, senderos, pistas forestales, malezas que son causa de largos rodeos o por angostos atajos, pero en todo momento resulta casi imposible desprenderse de la sensación de desasosiego que le acompaña a uno mientras duran los recorridos y sólo al salir de Región, como de un laberinto trágico –la magia no aparece en los horizontes del inframundo–, se recupera la calma.

En este primer volumen de "Herrumbrosas lanzas" Juan Benet ha decidido desvelar el secreto. Región se corporeiza por primera vez, incluso geográficamente. Un mapa ejecutado con toda minuciosidad acompaña la novela. Región es un lugar cartografiado que se encuentra en el vientre de un país nombrado España, y muy probablemente –me permito aventurarlo– cercano a Asturias. Por consiguiente, la guerra que provocó la ruina de Región es definitivamente la guerra civil española, cuya crónica inicia Benet con el propósito de explicar al lector cómo se origina la realidad conocida, con sus peculiaridades, llamada Región. Sólo que la ambición es doble. Benet se enfrenta con un tema que ha sido abordado en infinitas ocasiones por la novela española con desigual acierto, hasta el extremo de minimizarlo y crear un cierto estado de fatiga en el lector. La tragedia de este país se ha convertido en piedra de toque inspiradora de recelos. Pero creo que Benet ha encontrado un sistema –por otra parte lo tenía al alcance como nadie–, que me parece absolutamente válido y le sirve para alcanzar el doble objetivo: explicar Región y trazar la crónica subjetivada de la guerra civil.

### Despojado de mitología

Región reinventa a escala de microcosmos la compleja realidad histórica española. Por tanto, nada más fácil que convertir la sórdida guerra que moldeó la fisonomía de Región en metáfora de la que se desencadenó en el espacio de la piel de toro y la asoló lo mismo que a Región, originó en ambos cuerpos sociales profundas heridas no cicatrizadas aún, un cúmulo de tensiones y contradicciones difíciles de superar que explican el carácter de los habitantes de ese lugar llamado España y también, por supuesto, de los regionatos. No puede haber otro medio de aclarar el misterio de Región, como no lo hay de estudiar la índole de la España actual. En definitiva, Benet ha entendido claramente que por encima de las estrategias bélicas y de los laboriosos tratados sociopolíticos o antropológicos, la realidad última de todo país se explica a través del comportamiento de quienes lo hacen y lo personalizan, de los hombres y las mujeres que aceptan el reto del vivir cotidiano en la guerra y en la paz, con sus luces y sus tinieblas, sus grandezas y servidumbres. Pero reflejar literariamente tal convicción exigía la capacidad de adecuar el lenguaje de forma que resultara connotativo de esa realidad sociopolítica, que la encarnara en sí mismo y fuera, paralelamente a la crónica, vehículo de expresión de la sustancialidad humana. Significaba arrancarlo de la veta de mármol, con todas sus cualidades inherentes, para someterlo a la transparente sensibilidad de los artistas griegos del cincel. Creo que Benet lo ha conseguido en un alarde de inspirada claridad. Nunca su estilo me ha parecido tan magistral y al mismo tiempo tan útil para dibujar las viejas y nuevas criaturas que aparecen en la novela, los familiares paisajes de Región, los fluidos que corren por el subsuelo de ese mundo mítico despojado, siquiera por una vez, de sus fantasmales componentes mitológicos.

De todos modos, es preciso no olvidar que pese a las múltiples sugerencias que me ha proporcionado este texto, se trata de la primera entrega de una vasta novela, esto es, de un planteamiento que de repente queda interrumpido a la espera de la continuación. Su interés está fuera de toda duda, pero no me atrevo a predecir lo que puede llegar a ser la obra una vez completada. Intuyo que Juan Benet se sabe en posesión de las energías artísticas y de los recursos técnicos suficientes para aceptar la dimensión de su propio reto, el más duro y fascinante de su carrera personalísima, sobrecargada de obstáculos superados con la razón y el ingenio literario. En cualquier caso ahí queda el reto, en términos que no admiten la retirada, y los primeros hallazgos de su reencuentro, que asimismo es el nuestro, con el corazón, la génesis, de Región. Un órgano que ahora sí hace audibles sus latidos más hondos, una tierra firme en la que se hunden los pies, una historia real y a la vez imaginada que define y especifica. Aunque Región sea estrictamente inventada. Y Juan Benet su creador y su consecuencia.

ROBERT SALADRIGAS

### El autor: Juan Benet

*Nació en Madrid en 1925 y ejerce la profesión de ingeniero de caminos, canales y puertos. Su obra es extensa en los campos de la narrativa y el ensayo. En 1961 se dio a conocer con el libro de relatos "Nunca llegarás a nada", al que han seguido "Cinco narraciones y dos fábulas" (1972), "Sub rosa" (1973) y "Trece fábulas y media" (1981). Los títulos de sus novelas son "Volverás a Región" (1968), "Una meditación" (1970), "Un viaje de invierno" (1977), "La otra casa de Mazón" (1973), "En el Estado" (1977), "Saúl ante Samuel" (1980) y "El aire de un crimen" (1980). Completan su bibliografía algunos volúmenes ensayísticos: "La inspiración y el estilo" (1966), "El ángel del Señor abandona a Tobías" (1976), "Sobre la incertidumbre" (1982), etc.*

## Letras sobre las letras

### Góngora allá en el mar

"Descuido artificioso a sus cabellos / en cláusulas hermosas resumía, / rubios robando los esmaltes bellos / a los dudosos tálamos del día: / la Aurora con cándidos destellos / al oro la viveza desteñía; / si en su cesarle el Sol entre desmayos / albos ostenta los tratables rayos", en un retrato del arcángel Rafael. O esta otra octava, para describir la primera: "Dejaba el Sol de la Acidalia Diosa / la radiante cornígera morada, / ya en engaño Sidonio no reposa: / si de Poligio en la mansión dorada / empezaba a peinar greña fogosa, / en la Gémina prole trasladada, / la que en cándida claustra producida / el ser le debe al Ave fementida", donde se deja el signo del Toro, que es casa de Venus, para entrar en el de los Gemelos (hijos de Leda y el Cisne-Júpiter) que lo es de Mercurio.

No es Góngora, por supuesto, sin perjuicio de tratarse de la cima tal vez más clara del gongorismo cual son las quinientas octavas distribuidas en catorce capítulos de la obra *Los dos Tobías* (1709) de un insigne callaritano, hijo de caballero santiaguista, que sobresaldría en la diplomacia y en las armas (suya fue la reconquista de su Cerdeña para Felipe V, quien le premió con el marquesado de San Felipe) y fecundo escritor también, pues suya es la historia del primer Borbón *(Comentarios de la Guerra de España)* y los consejos al malogrado Luis I *(Arte de reinar),* como el mamotreto de la *Monarquía Hebrea* y el opúsculo *Palacio de Momo,* en polémica con Salazar y Castro y a defensa de Gabriel Alvarez de Toledo, todos tres del equipo fundador de nuestra Real Academia Española. Nos referimos a don Vicente Bacallar y Sanna, un personaje sardo que sólo escribió en castellano, y del que no suelen hablar nuestras historias literarias, pese a las repetidas ediciones que alcanzaron sus obras.

Por suerte viene a ponerlo de nuevo en circulación la hispanista sarda Marisa Cocco Angioy, con el compendioso y revelador volumen *Vicente Bacallar. La poesía del diplomático sardo-ispano del secolo XVIII* (P. Pisano, Cáller), profusamente ilustrado, en el que estudia la figura y la obra del marqués, además de espigar y traducir una significativa porción de las octavas del mencionado *Los dos Tobías.* Un oportuno y magistral trabajo.

### Cuando de la cultura se hace un medio

Nueva carta abierta, la tercera, del poeta barcelonés Jesús Lizano (1931), premio Boscán 1957, escandalizado y harto del silencio en que se tiene su quehacer poético. "Se vive un submundo cultural –entresacamos de la dilatada y razonada misiva– en todos los ámbitos, un afán pragmático y racionalista se impone como siempre al sentido creativo y libertario común. Una serie de ideólogos –o aprendices de ideólogos– y planificadores, debidamente mitificados, imponen una dictadura literaria, variocéfala, variopinta, desde el llamado realismo socialista hasta el sempiterno código conservador, luchando por apresar áreas de mentalización, condicionando todo posible movimiento cultural, facilitando la proliferación de falsos intermediarios, al creerse destinatarios, jueces y parte muchas veces: críticos, directores, técnicos, comisarios, ediles, 'trusts' poéticos, mentalizadores –narcisos– periodísticos, senadores..., todos sin oposición alguna, sin crítica alguna, aplicando a los procesos creativos mentalidad de Organización... Se pierde el sentido fundamental de la cultura que es ser fin y no medio (para el racionalismo de unos o el oportunismo de otros). Y poco pueden significar movimientos como el de la llamada Contracultura (que, en definitiva, es un intento de Contrapoder), por cuanto deviene, finalmente, en cultura mediatizada y, así, ya se puede decir que existe un submundo contracultural... Pocas veces se podía hablar como ahora de poder literario, de manipulación de lo más determinante: la inteligencia, nuestra inteligencia, como otros poderes tratan de manipular nuestro sentir, nuestra alma." Y también: "Lo que suele llamarse orden, cuidado, es en realidad montaje (lo que no tiene raíces, creatividad, sentir, lo que no es fruto) que al llamarlo así –arma favorita del poder– se le reviste de unas categorías que no le pertenecen, lo sacralizan y con él a cuantos viven de él... acabando de amasar la mediocridad. Existe una dictadura intelectual, hija de nuestra miseria mental, de incalculables ramificaciones y no sé qué es peor, si no procurar los cauces para que todos accedamos a la cultura o hacer que por medio de esos cauces se llegue a una cultura planificada, vivida, manipulada y, por supuesto, rigurosamente controlada". Y, más abajo: "Existe un amplio sector para el cual la cultura no es medio sino fin. Sus componentes no pueden resolver –y quién– muchos condicionamientos pero viven entregados, fundamentalmente, a su trabajo, protagonizados por su trabajo. Son los únicos que pueden ver con cierta objetividad una obra de creación en donde la hay, los únicos conscientes de su amplísima posibilidad de sensibilización hacia nuevos frutos, de que una obra tiene vida propia.